

Una temporada para silbar



Libros del Asteroide

A*

Ivan Doig

Una temporada para silbar

Traducción de Juan Tafur



Libros del Asteroide

Libros del Asteroide 



Primera edición, 2011
Título original: *The Whistling Season*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2006 by Ivan Doig

© de la traducción, Juan Tafur, 2011
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U., 2011

Fotografía de cubierta: © D. CORSON /ClassicStock/Corbis

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-12-2
Depósito legal: B. 15.504-2011
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Ann y Marshall Nelson.

*Estuvieron en el comienzo
y todo el camino han sido de ley.*



Cuando vuelvo a visitar los rincones de mi vida, las cosas más nimias me asaltan. El mantel de hule con cuadros blancos y molinos de viento azules, las manchas descoloridas en nuestros cuatro gastados lugares en la mesa. Ese café acre de papá, tan cargado que casi andaba, y que él bebía a sorbos después de la cena para dormir después, sereno como una esfinge. El fastidio inexcusable del viento que soplabá en Marias Coulee, silbando por una rendija, como si lo hubieran invitado a entrar.

Esa noche estábamos sentados a la mesa en nuestros sitios de siempre. Toby se afanaba en colorear una batalla de barcos piratas, yo hacía los deberes y Damon, en vez de hacer los suyos, estaba absorto en un misterioso juego inventado por él mismo: un solitario de dominó. El roce ocasional de una hoja del periódico presidía la cabecera de la mesa. Papá recorría con el dedo la columna de anuncios clasificados, casi siempre inútiles, de la *Westwater Gazette*, que nos llegaba cada semana en un saco de arpillera con el correo y las provisiones. Buscaba un par de formidables caballos de faena a bajo precio y se detenía aquí y allá en algún encabezado peculiar. Aun hoy recuerdo el regocijo que le causaron las líneas tipografiadas. Papá se reía a trompicones, como si fuera a estornudar, como si las cosas graciosas primero tuvieran que hacerle gracia a su nariz.

Levanté la vista de la lección de geografía y vi aproximarse el

periódico hacia mí. Papá mantenía el pulgar contra el encabezado como un zahorí se aferra a su varita cuando encuentra agua.

—Échale un vistazo a esto, Paul. Léenoslo.

Lo leí, y Damon y Toby hicieron un alto en lo que andaban haciendo para asimilar aquellas cinco palabras. Eran tan simples como confusas:

NO COCINA, PERO NO MUERDE

En casa nunca estábamos de humor para bromear sobre la cocina. Sin embargo, papá nos miró de lo más complacido y me indicó que continuara leyendo.

Viuda se ofrece como ama de llaves. Buenas costumbres, disposición excepcional. Ninguna habilidad culinaria, pero un diez en las demás tareas del hogar. Sueldo negociable, pero debe incluir billete de tren hasta Montana; compromiso de un año de cuidados sin igual para su hogar. Se ruega responder a: Apartado 19, Oficina de Correos de Lowry Hill, Minneapolis, Minnesota.

Minneapolis estaba a mil quinientos kilómetros hacia el este, incluso fuera del alcance del entusiasmo que empezaba a desbordar a papá. Con todo, no perdió tiempo en poner a prueba nuestra reacción.

—¿Qué os parecería que alguien se ocupara de nuestra casa, chicos?

—¿Se va a encargar también de ordeñar las vacas? —preguntó Damon, siempre cauteloso.

Papá se detuvo un momento. Señalar qué tareas de la granja podían entenderse como una extensión lógica de las labores domésticas era el tipo de tema que le gustaba abordar.

—Qué listo eres, Damon. No veo por qué no podemos estipular que tiene que ocuparse de la mantequilla desde que sale de la vaca.

—¿Dónde va a dormir? —preguntó Toby, entrando en materia. Papá estaba preparado para la pregunta.

—George y Rae tienen una habitación libre ahora que la maestra ya no vive con ellos.

El entusiasmo empezaba a desbocarse. De pronto, nuestros parientes que vivían en la granja de al lado ya estaban buscando un inquilino, cosa que ellos mismos desconocían, igual que nosotros habíamos ignorado hasta hacía dos minutos que necesitábamos un ama de llaves.

—Lowry Hill... —dijo papá volviéndose hacia el anuncio en negrita, como si hablara con él—. Si no me equivoco, es la flor y nata de Minneapolis.

Yo no quería hacerle ver lo obvio, pero era mi deber como hijo mayor.

—Ya estamos acostumbrados a tener la casa en desorden, papá. El problema es cocinar, tú mismo dices que no se lo desearías ni a tu peor enemigo.

Papá lo sabía. Todos lo sabíamos: lo había pillado.

Damon y Toby volvieron la cabeza para ver cómo pensaba salirse con la suya. En varios kilómetros a la redonda nuestra casa era objeto de febril consternación para toda mujer digna de llevar un delantal. Como familia éramos relativamente prósperos, pero todo el mundo comentaba que lo teníamos difícil. La prosperidad procedía de los pagos por la venta del negocio de acarreo que papá había tenido en Manitowoc, Wisconsin. Lo difícil, de una lápida que llevaba un año en el cementerio de Marias Coulee. «Florence Milliron, amada esposa y madre (1874-1908)», rezaba la inscripción, grabada tan hondo en nuestros corazones como en la piedra. Pese a que la extrañábamos en otros momentos, las comidas marcaban nuestro más bajo nivel de ánimo, por las cosas que papá ponía en la mesa tras mucho batallar.

—¡Picadillo refrito, nuestro plato preferido! —podía anunciar sin ninguna esperanza al depositar ante nuestros ojos unas sobras de picadillo que iban camino de ser un estofado de sobras.

Esa noche se entretuvo con un largo sorbo de su horrible café antes de contestar. Y no dio exactamente una respuesta:

—Así son los clasificados, Paul. Nada es blanco o negro. Siempre hay que regatear. Si fuera jugador, apostaría a que la señora Minneapolis no es tan tímida con los fogones.

—Pero... —Clavé el índice en las cinco palabras en negrita del encabezado.

—Estuvo casada —dijo papá, rebatiendo pacientemente la evidencia—, tiene que saber manejarse en la cocina.

—A lo mejor su marido murió de hambre —señalé con la sagacidad típica de los trece años.

—Caray. No hay mujer que no sepa cocinar. Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel.



La vieja casa ahora está vacía pero nada se ha ido. Si algo he aprendido de una vida como superintendente escolar, es que la infancia perdura hasta siempre en el alma. Igual que la aguja de la brújula busca el norte, esa historia me arrastra hoy hasta estos cuartos poblados de recuerdos, como si la respuesta que debo encontrar para el final del día estuviera escrita en el polvo que los cubre.

Me detengo ante el calendario arrugado que cuelga de la pared de la clase. Por supuesto, está en la misma hoja que la última vez: 1952. Cinco años, que han pasado volando, desde que la junta escolar de Marias Coulee me pidió prestada la casa durante un mes mientras reparaban el techo de la casita del maestro y tuve que venir de mi piso en Helena para arreglar con ellos los detalles. Lo que me sorprende es que el mes coincida después de tantos años: era octubre en esa noche de 1909, la de «Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel», y también cuando aquella maestra solitaria decidió colgar algo para aliviar las paredes desnudas. Es octubre ahora que vuelvo de visita, bajo este cielo que ha cambiado tanto la historia.

Pero no deberían extrañarme los ardides del calendario. Esta mañana, mientras pasaba en el coche oficial por delante de la recién pintada escuela unitaria, nuestra escuela de una sola clase, me sorprendí otra vez en esa encrucijada del tiempo en la que Damon, Toby y yo, cada uno a su turno, empezamos a cobrar conciencia de que otros nos habían engendrado pero, al mismo tiempo, no éramos solo un refrito de nuestros mayores. ¿Cómo podía entender yo, que con trece años ya me arrastraba fuera de la cama de madrugada para huir de mis pesadillas, que era hijo de un hombre que dormía como un tronco? Y el buscabroncas de Damon, ¿cómo podía haber tenido una madre tan pacífica? Empezábamos a conocernos a nosotros mismos, a veces por vías tan escurridizas como el dedo lector de papá. De camino a la escuela o de vuelta a casa, en medio del ir y venir de las estaciones de la infancia, cualquier día podía convertirse en una nueva pieza del rompecabezas de la vida. Creo que sigue siendo así hoy.

Sobre todo fue a Toby al que vi esa mañana al pasar por la vieja escuela donde todos nos sentábamos juntos y cuyas ventanas daban al sol. Pese a los golpes de la vida, Damon y yo habríamos podido alcanzar nuestro destino en un lugar distinto a Marias Coulee, pero Toby, con sus grandes ojos de niño de las praderas, era de aquí desde el pelo hasta la médula. Esta tarde, cuando vaya a Great Falls y les comunique la orden a los directores, los maestros y las juntas escolares de los cincuenta y seis condados de Montana, todos suplicarán por sus propios Tobys, por esos niños que nacieron de esta tierra y de los temerarios valores de colonos como Oliver Milliron.

2

Al día siguiente, la noticia de que íbamos a tener un ama de llaves llegó a la escuela al galope. Toby nos rebasó por el camino a Damon y a mí, taloneando los aporreados flancos de *Queenie*, su pequeña yegua.

—Seguro que esa mujer de Minneapolis es una vieja con dientes postizos —anunció Damon mientras cabalgábamos—. Te apuesto una punta de flecha negra.

Se escupió en la mano derecha, me la tendió e invocó el apretón de manos con escupitajo, que sellaba la apuesta como ningún otro apretón de manos. Yo no estaba dispuesto a apostar en el tema del ama de llaves.

—Ya sabes que a papá no le gusta que apostemos. Venga, démonos prisa antes de que Toby se nos pierda.

Subimos por la larga cuesta embarrada y los otros alumnos fueron apareciendo a caballo por los lugares de costumbre. Los grupitos de hermanos nos resultaban tan conocidos como nuestro reflejo en el espejo. Toby se hallaba ante un dilema. ¿Partía al galope para ir de grupito en grupito o se lanzaba en línea recta hacia la escuela y anunciaba la noticia a todos a la vez?

Se decidió por alcanzar a los Provonost, unos niños nuevos que se nos unían cada mañana a la altura de la cerca.

—¡Hola Izzy! ¡Hola Gabe! ¡Hola a todos! —El saludo general era para Inez, que iba montada en el caballo detrás de Isidor. Esta-

ba en el curso de Toby y bebía los vientos por él, y Toby no sabía del todo cómo manejar esa complicada combinación—. ¡A que no sabéis qué!

Cualesquiera que fueran las capacidades de conjetura de aquellas tres caritas mal lavadas que se volvieron hacia nosotros, sin duda no alcanzaban para imaginarse que se trataba de una empleada doméstica. Los Provonost vivían en una tienda de campaña, aunque las diferencias entre ellos y nosotros, que vivíamos en una casa de nuestra propiedad, se reducían cada vez más. Papá ya pasaba menos tiempo en la granja que acarreando material desde la estación de tren de Westwater hasta el Dique Grande, como llamaban al campamento más próximo. El padre de los Provonost trabajaba como carretero en las obras del gigantesco canal de irrigación que estaban excavando allí. Era un arriero de toda la vida, acostumbrado a cargar tierra con su carreta de dos caballos. No era casual que sus hijos fueran flacos como galgos: en los campamentos, una familia grande nunca comía demasiado.

—Pues sí que suena bien —concedió Isidor, que solía hablar por los tres, después de la entusiasta interpelación de Toby.

Noté que le lanzaba a su hermano una mirada de tú-ten-la-bocacerrada, porque yo mismo le había lanzado muchas iguales a Damon. Sin embargo, Inez, que iba encaramada en la silla detrás de Isidor, no se calló:

—¿Va a ser vuestra mamá?

Damon se puso colorado. Toby abrió la boca, pero por una vez no supo qué decir.

—Las amas de llaves son todas unos vejestorios —dije—, ¿no es así, Damon?

Todos picamos los caballos. Para decepción de Toby, cuando los dejamos pastando detrás de la escuela, la señorita Trent ya tocaba el triángulo que hacía las veces de campana. Era una maestra que pasaba a cuchillo a los que hablaban en clase, así que Toby tuvo que guardarse la noticia. A la hora del recreo, estalló a pleno pulmón en medio del patio:

— ¡... y viene desde Minnieapples! —concluyó con un chillido ante el atento público, formado por los hermanos Stoyanov, las dos parejas de gemelos Drobny, el anguloso Verl Fletcher y su tímida hermana, Lily Lee. En la periferia del corro, Inez Provonost escuchaba una vez más sin aliento.

— ¿Os va a hacer las camas?

— ¿Y quién os va a castigar, ella o vuestro padre?

— ¿Crees que os pegará con un plumero?

Toby sorteó como mejor pudo las preguntas, mientras trataba de acercarse al contingente rival de los Johannson, los Myrdal y Eddie Turley, al otro extremo del patio, y ganárselos con su discurso sobre las inminentes maravillas del ama de llaves. Empecé a preocuparme y mantuve controladas mis facciones mientras Grover Stinton y yo nos lanzábamos nuestra pelota de béisbol, reblandecida como un calcetín: seguiríamos lanzándonosla recreo tras recreo hasta que se nos cayeran los brazos. Damon estaba jugando a la herradura con Gabriel e Isidor. A juzgar por el ruido de metal contra metal, estaba en una racha que nada podría interrumpir. Otros niños más pequeños jugaban al pilla-pilla a nuestro alrededor y, de momento, reinaba la paz. Sin embargo, bastó con que Toby arrastrara a algunos de sus oyentes, todavía intrigados, hasta las cercanías del otro grupo. Era sabido que en Marias Coulee los esclavos y los suecos no se llevaban bien, y que Eddie Turley no se llevaba bien con nadie.

Cuando Milo Stonayov y Martin Myrdal o los hermanos Johannson y los gemelos Drobny o alguna otra combinación se liaba a golpes, la señorita Trent se interponía y los separaba para bien. Sin embargo, para cuando conseguía llegar hasta el meollo de la pelea ya habían volado puñetazos, insultos y pullas, y aquellos de nosotros que un minuto antes éramos la neutralidad personificada nos descubríamos de repente en la refriega, batallando en un bando u otro. ¿Ha sido distinto alguna vez en alguna escuela, de Eton para abajo? A lo largo de los años yo me había reventado las narices tanto contra Milo como contra Martin, y

naturalmente Damon también había tenido sus rifirrafes con los dos, pero desde que éramos huérfanos, todo había cambiado. Un encantamiento invisible —quizá fuera simpatía, o condescendencia— nos había otorgado el estatus de no combatientes en esas batallas de nacionalidades. Ni Damon ni yo nos sentíamos demasiado cómodos con que nos perdonaran la vida porque éramos unos pobres huérfanos, y Toby era demasiado pequeño para entenderlo, pero ese acuerdo tácito que nos mantenía al margen también tenía sus ventajas.

Esa era mi preocupación. El inocente parloteo de Toby sobre el ama de llaves podía abrir una grieta en el encantamiento y de un momento a otro, antes de que nos diéramos cuenta, podíamos volver a ser declarados aptos para el combate.

Toby logró desembarazarse del primer grupo de espectadores, cruzó corriendo el patio y volvió a empezar con cierto éxito con el corro de los grandullones escandinavos y el enorme Eddie.

Entonces, Carnelia Craig salió del retrete de las chicas.

Carnelia solía pasar buena parte del recreo entronizada allí dentro, probablemente para sustraerse al alboroto infantil del patio. Por un capricho del destino, aún le quedaban por delante dos años en la escuela, pero ya era la mayor de la clase, y se le notaba. En el frente del vestido asomaban dos puntitos distintivos, y era rotundamente consciente de que la vida, en su injusticia, la había depositado en medio de unos palurdos ingobernables, en vez de hacerla, por ejemplo, emperatriz de Rusia. Su familia no era como la nuestra porque su padre trabajaba para el estado de Montana. Era el agente del condado en la estación agrícola experimental que había junto al río Marias, y su madre había dado cursos para amas de casa antes de dar a luz a Carnelia. En resumen, los Craig ocupaban la cima de nuestra pequeña escala social. Extrañamente, yo comprendía más a menudo su punto de vista, aunque fuera una orgullosa y una antipática, que los castillos en el aire en los que se embarcaba papá. El motivo era simple: Carnelia y yo éramos viejos enemigos.

Hasta hoy, no acabo de entender esa pasión profunda, del peor tipo, que existía entre nosotros. Después de todo, ambos teníamos doce años, edad suficiente para ser más maduros. Conformábamos la totalidad del séptimo curso, igual que habíamos sido año tras año la totalidad de primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto, y no pasaba ni un minuto sin que nos rebeláramos contra la obligación de sentarnos siempre juntos, como si fuéramos un cordero de dos cabezas, hasta el remoto día en que nos graduásemos, en octavo. Hasta entonces, la guerra entre los dos estaba declarada, y todo era cuestión de ir eligiendo campos de batalla.

La vi hacer un alto y ladear la cabeza como si hubiera escuchado algo sublime que se habían perdido los demás. Fue derecha hacia Toby y comprendí cuál sería esta vez el terreno de las hostilidades. En Marias Coulee ni siquiera la familia de Carnelia tenía un ama de llaves.

—¡Toma! —le grité a Grover, y le lancé la pelota para adelantarme a Carnelia.

Demasiado tarde. Cuando llegué, ya estaba inclinada sobre Toby cual enfermera, como la famosa Florence Nightingale ante un pobre niño caído, susurrando su primera pregunta insidiosa:

—Dime, Tobias, ¿os meterá en la cama por las noches, a ti, a Damon y a Paul?

—Ajá —contestó Toby, con la aterradora honestidad de un niño de segundo—. Va a dormir en casa de George y de Rae. Se lo pregunté a papá.

—Ya veo —comentó Carnelia para la posteridad—. No es una interna —añadió, como si nos compadeciera a Toby, a Damon y a mí.

Traté de abrirme paso entre el corro que se había formado alrededor de Toby, pero Eddie Turley eligió justo ese momento para trabarme por el cuello con una llave y apenas alcancé a croar:

—¡Métete con alguien de tu tamaño, Carnelia!

A esas alturas Damon se había percatado de lo que se avecinaba.

—¡Déjalo en paz, zorra! —gritó, furioso—. ¡Perra!

Tampoco él logró llegar a tiempo desde el cajón de las herraduras.

Carnelia era lista. Peor, era astuta. Para todo el mundo, la siguiente pregunta no revelaba más que su preocupación por el bienestar de la familia Milliron:

—Pero entonces tendrá que levantarse tempranísimo para ir a hacerte el desayuno, ¿verdad, Tobias?

—No sabe cocinar —confesó Toby con tristeza, ahora que estaba escuchándolo toda la escuela. Y se le iluminó el rostro—. Pero el periódico dice que no muerde.

Fue la gota que colmó el vaso. Esa tarde volvimos a casa hundidos. Ni siquiera los Provonost podían contener las sonrisitas burlonas.

*

—Anoche hablaste otra vez dormido —murmuró Damon, como si yo no lo supiera.

Era ya domingo y, para variar, mi sueño de la víspera no había tenido nada que ver con el infierno de burlas en que se había convertido el recreo toda la semana, pero sí con lo que nos esperaba a la hora del almuerzo.

—¿Hablé mucho? —dije también en voz baja. Toby venía detrás de nosotros, jugando con *Houdini*, nuestro perro. Ambos aguardaban a que alguna liebre desafortunada se cruzara en su camino—. ¿Peor que otras veces?

Damon se quedó pensando mientras encontraba una piedra del tamaño correcto. Estaba en una de sus fases de beisbolista y tenía que tirarle una piedra a cada poste de la cerca que había de camino a casa de George y Rae. Se puso en posición, disparó y frunció el ceño después de fallar.

—Como siempre. Que ya es bastante malo.

Damon imaginaba que mis aventuras oníricas eran pesadillas.

Pero no era tan sencillo. Volví a pensar en la que había tenido la víspera y decidí no contársela en detalle. Ya había hecho el intento alguna vez.

—Te he dicho que me despiertes si te molesta.

—Me da miedo, Paul. Pareces uno de esos mermeristas...

—Mesmerizadores.

—Eso, esos que te ponen a dormir.

¿Hipnosis? Ojalá supiera hipnotizarme a mí mismo. Por la noche mi mente no obedecía órdenes de nadie.

Seguimos arrastrando los pies. Por encima de la chimenea, el humo nos llamaba como un dedo hacia la casa vecina (quedaba a un kilómetro, pero esos eran nuestros parámetros) y ninguno supo qué más decir.

—¿Aparecía alguien que conozco en tu sueño? —me preguntó de repente Damon, capaz de casi todo, salvo de guiñarte un ojo con su voz.

—¿Tú qué crees?

—Ya la estoy viendo. —Frunció la cara como una uva pasa antes de imitar la voz—: ¿Qué os pasa, chicos, os ha comido la lengua el gato?

Casi todos los domingos era igual. De tarde en tarde, la invitación a compartir la mesa dominical procedía de los caritativos Stinson o los padres de Grover o, si la junta escolar tenía asuntos pendientes, de la cívica familia Fletcher, pero por lo general papá y sus tres chicos omnívoros recalábamos para comer en casa de los Schricker. Agradecíamos esa comida de todo corazón. Rae Schricker era prima de mamá y tenía los mismos ojos serenos, del color del pedernal, y al sonreír se le formaban las mismas arrugas en las comisuras de los labios: se parecía tanto a mamá que a veces se me hacía un nudo en la garganta. Ciertamente, Rae se consideraba el reemplazo terrenal de mamá ante los fogones. Todos habríamos admitido que el pastel de carne de la señora Stinson y los hojaldres de la señora Fletcher no tenían igual. Sin embargo, Rae partía del supuesto de que la cena iba a

ser nuestra única comida completa de la semana y nos atiborraba de jamón con boniato o pollo frito y puré de patatas con salsa hasta que nos caíamos de la silla. George, su barbado marido, procuraba presidir entretanto el banquete con imprecaciones como: «¡Santo cielo, Oliver, ya te has bebido el café!» o «¡Venga, Toby, partamos el hueso de la suerte!». Digo que procuraba porque, a diferencia de nosotros, George claramente tenía todavía una madre, que estaba sentada allí mismo, al otro extremo de la mesa. Era la tía Eunice, como nos obligaban a llamarla, y en esos convites apenas picoteaba la comida y prefería picotearnos la cabeza.

—Nuestra querida tía EEUU-nice —canturreó Damon, al compás de su lanzamiento de béisbol, y le atizó al poste justo en el centro.

—No te pases —le advertí, y me volví a mirar a Toby, que corría para darnos alcance con *Houdini*.

—No puede oírme desde la casa —murmuró Damon.

—No estaría mal que por una vez el gato le comiera la lengua a ella —respondí en un susurro—. Pero yo no contaría con ello.

Como de costumbre, papá nos había mandado por delante.

—Decidles a George y a Rae que llegaré en un periquete —nos instruyó, empleando su medida preferida de tiempo.

Era curioso cuántas cosas urgentes surgían en el establo en el último momento ante la perspectiva de ir a visitar a Eunice Schricker. Sin embargo, antes nos había arreglado a los tres, restregándonos detrás de las orejas, y nos había repeinado con una colonia pegajosa que llamaba «eau de barbero» y un peine del tamaño de una lima de uñas pequeña. Fue entonces cuando Damon, que odiaba que le hicieran la raya, se escabulló de debajo del peine y exigió saber:

—¿Por qué es tía nuestra?

Era una pregunta perfectamente razonable. ¿Por qué regla genealógica era tía nuestra la madre del marido de una prima de

mamá cuando, además, no parecía tener ninguna afinidad con el género humano?

—Por circunlocución —contestó papá, y decidí buscar después la palabra. Luego le dio un golpecito a Damon con el peine—. Nada de malos modales cuando estéis allí, chicos. Os servirá de práctica para cuando vengan a domesticarnos del todo.

¿Cuándo sería eso? Por instinto, ni Damon ni yo le habíamos mencionado a papá las burlas a las que nos sometían en la escuela a cuenta del ama de llaves que no mordía. («¿Qué, viene con bozal? ¿Es tan vieja que no tiene dientes?») Habíamos conseguido que Toby se quedara callado diciéndole que nuestros torturadores simplemente estaban celosos, pero el asunto nos consumía día a día. Después de muchas meditaciones papá me dictó el monto del sueldo, yo lo copié con mi mejor letra y mandamos la carta a Minneapolis; pero, de momento, teníamos las orejas rojas a causa del torrente de burlas. Mi anhelo era que nuestra corresponsal fantasma, fuera quien fuese, se materializara y resultara ser tal modelo de eficiencia doméstica que todo Marias Coulee se rindiera a sus pies; pero, a la vez, tenía dudas que no acababa de poner en palabras. Además, papá nos había advertido más de una vez que no nos hiciéramos demasiadas ilusiones, pese a que las suyas claramente alcanzaban la Luna.

Así pues, una vez más fuimos a la madriguera de la tía Eunice. Damon y yo deseábamos que el domingo ya hubiera terminado, y Toby estaba ansioso de que empezara de una vez. Cuando Rae nos abrió la puerta de la cocina y nos dio a cada uno un trocito de pan de jengibre recién horneado, lo que Damon y yo nos temíamos salió a recibirnos desde el salón.

—¿Han llegado ya esos chicos? —preguntó aquella voz, tensa como un látigo—. ¿Es que no les han enseñado a saludar?

Toby entró al trote, con la cara llena de sonrisas y migas de pan, y Damon y yo lo seguimos con aprensión. Allí estaba la tía Eunice, repantigada en su mecedora, como si no se hubiera movido ni un ápice desde la semana anterior, con las puntas de sus arcaicos

zapatos negros colgando justo por encima del suelo. George estaba muy tieso en el sofá de cuero de caballo, al otro lado de la habitación. El linaje de los Schricker contradecía el principio de que los rasgos se heredan. Había que remontarse hasta las muelas del juicio para encontrar algún parecido entre la ancha cara de George y su amable barba bermeja, y aquella iracunda anciana de labios fruncidos que no le llegaba a la cintura y a la que se sentía obligado a llamar «mamá». Con su vestido victoriano de color lavanda y la aguja de ganchillo tejiendo el enésimo tapetito para Rae (había tantos, por todas partes, que parecía que en el salón había nevado), la tía Eunice había derrotado en innumerables ocasiones al paso del tiempo. Hasta entonces, el siglo XX no le había hecho ningún efecto, aparte de hacerla parecer un viejo daguerrotipo.

George nos dedicó una sonrisa radiante, ansioso por evitarnos una conversación con su madre. Tartamudeamos los saludos y Damon se replegó de inmediato hacia el tablero de damas chinas que había en la mesita de té junto a la ventana. Yo me senté diligentemente en la otra esquina del sofá.

—¿No ha llegado la contestación? —me preguntó George, torciendo la boca.

Meneé la cabeza. George soltó un suspiro, y comprendí que también él estaba hasta la coronilla del tema del ama de llaves.

Sin embargo, la tía Eunice estaba más feliz que unas pascuas.

—Ven a sentarte aquí conmigo, Toby —le dijo como si llamara a un cachorro. Acto seguido, levantó con un gruñido a nuestro alegre hermanito y lo sentó en lo que le quedaba de rodillas.

Damon puso mala cara pero no apartó la vista de los saltos triples que maquinaba con las canicas. Yo traté de mostrarme simpático. Parte del ritual de los domingos consistía en que la tía Eunice farfullaba que nosotros dos éramos unas bestias salvajes y unos arrieros alborotadores, mientras se le caía la baba por Toby. Se sacó un pañuelito bordado de la manga para limpiarle las migas del pan de jengibre.

—Pobre niño. Lo han mandado de visita sin limpiarle la carita.

Toby se dejó hacer mientras la tía seguía cloqueando. Yo le aconsejé mentalmente que disfrutara de los mimos mientras pudiera. En cuanto fuera demasiado grande para sentarse en el estrecho canto de la tía Eunice, lo metería en el saco de los granujas, donde estábamos Damon y yo.

—¿Cómo va la escuela, cariño? —le preguntó—. ¿Te ha ido bien esta semana?

Gracias a Dios, Toby me lanzó una mirada antes de responder. Torcí la boca a modo de advertencia.

—No he faltado ni un solo día, como el año pasado —afirmó con esfuerzo.

La tía Eunice lo bajó de sus rodillas huesudas con un «uuufff» antes de proclamar:

—Lástima que no sea una cosa de familia. Tu padre no llegaría a tiempo ni a su propio entierro.

—Vamos, mamá —protestó débilmente George.

Damon, frunciendo el entrecejo, dejó caer las canicas: era la señal para que Toby fuera a jugar con él. A mí me correspondía defender a papá, una tarea que rara vez tenía recompensa.

—Está dando de comer a los caballos.

—Como de costumbre —graznó la tía Eunice.

Ahora que yo había atraído su atención, podía dedicármela por completo. Alzó la barbilla como apuntando a una diana y un gesto de lúgubre alegría se apoderó de su rostro.

—Y tú, Paul...

—¿Sí, tía Eunice?

Esta vez no iba a dejar que me preguntara si el gato me había comido la lengua.

—... ¿esa maestra que tienes nunca te hace aprender nada de memoria? En la escuela, yo siempre sacaba la mejor nota en declamación.

¿Quién podía dudarlo?

—Yo me sé «El niño sobre el puente en llamas»... —se ofreció Damon con mortal inocencia.

Le lancé otra mirada de advertencia. Su versión del poema rezaba así:

*El niño sobre el puente en llamas
tenía ampollas en los pies.
Se clavó un clavo en el culo
y se lo sacaron después.*

Por fortuna, la tía Eunice no quería competidores.

—Solo con geografía, ortografía y ciencias no vas a llegar muy lejos —me reprendió, sin quitarme los ojos de encima.

Una vena como el Nilo asomó en su frágil sien a medida que cogía impulso. ¿Cuál era la causa de sus arrebatos? ¿La cólera de la vejez? ¿El deseo de vengarse de los jóvenes? ¿O simplemente un carácter avinagrado que le amargaba hasta el alma? El caso era que, ese domingo, ya se había puesto furiosa por culpa mía.

—Ya me he enterado de que no sacas la nariz de los libros, pero eso no es lo único que tienes que aprender. Ya verás cuando te toque salir al mundo, Paul Milliron.

Entornó los labios con dramatismo y recitó con voz cantarina:

*A cada alma su carga depara la vida,
cada cual su cruz ha de sufrir.
Si la eludes de joven vendrá con los años
y pegada a la piel la habrás de vestir.*

Ni siquiera George supo hacer otra cosa que guardar el más abyecto silencio.

La puerta de la cocina retumbó justo a tiempo y oímos entrar a papá.

—Hola Rae. Huele delicioso. Te he traído un saco de carbón Roundup, es mucho mejor que esos tizones flojos. Recuérdame

que saque el cubo y te lo llene... —Papá tenía la teoría de que si hacía suficiente ruido parecería que había estado allí todo el tiempo—. El sustento ya está casi listo, ¿no? Dame solo un minuto para que vuelva a enseñarles a los niños qué es el lavamanos y estaremos a tus órdenes.

Desde el umbral, asomó la cabeza al salón, con la cara colorada por el afeitado y el pelo igual de brillante y repeinado que el nuestro.

—¡Por Dios, Eunice! —exclamó, como sorprendido de ver allí a la tía—. ¡Qué buen aspecto tienes hoy!

Poco después nos sentamos a la mesa y empezamos a hacerle justicia al pollo frito de Rae, los panecillos, la salsa de carne, las verduras obligatorias y la promesa del pan de jengibre animándonos a vaciar los platos. Papá y George hablaban de la cosecha y el tiempo, de los caballos y los vecinos, como han hablado los hombres de campo desde los días de la siembra en el Éufrates. La generosa invitación de los domingos podía parecer un ritual para alimentar a nuestra familia, pero era la conversación lo que alimentaba a papá y a George en su inesperada vida de colonos.

—De todos modos van a traer el arado a vapor a la granja de Stinton. ¿Por qué no aprovechas para arar ese par de hectáreas que tienes en el lindero? Podemos ir a medias. Tengo casi una hectárea de tierras cenagosas que va a haber que roturar en el Distrito de los Lagos.

—No sé, Oliver. Ya bastante tengo con lo que sembré el año pasado.

No eran hombres que hablaran por hablar. Por muy fatuo y ocurrente que pudiera ser papá, trabajaba como una mula, tanto para otros como para sí. Siempre pensé que al mundo le habían dado dos por el precio de uno cuando papá y su personalidad entraron en la miscelánea terrestre. Mataba a palos a una cascabel y al minuto siguiente estaba enunciando en voz alta la teoría de la evolución del pulgar. En otra época, se habría embarcado

rumbo a mares lejanos; lo imagino como un Joseph Banks, el curioso naturalista, navegando alrededor del mundo con el capitán Cook. Su ansia innata de nuevos horizontes chocaba con el negocio de acarreo que había heredado en una ciudad de Wisconsin que no era Milwaukee. Sin embargo, lo rescató una ampliación inesperada del mapa de Estados Unidos, cuando el gobierno federal hizo una apuesta enorme para poblar el territorio: las secas tierras del Oeste estaban a disposición de quien quisiera ocuparlas, siempre que estuviera dispuesto a romper con sus raíces e invertir cierto número de años viviendo en su parcela de tierra virgen. El nombre de Montana le había hecho zumban los oídos, y papá había montado a toda su prole (mamá, yo mismo, que tenía cinco años, Damon, que tenía cuatro, y Toby, que era apenas un destello en los ojos de papá) en un coche de emigrantes, como se conocían los vagones de carga del Great Northern Railway: de un lado iban los muebles y los platos envueltos en sábanas, junto con un par de recuerdos de Wisconsin, y del otro unos camastros donde podíamos dormir. Con inteligencia, como se demostró luego, cargó en un segundo carro las carretas con las que solía repartir carne y cerveza por las calles atestadas de Manitowoc, amén de sus cuatro mejores caballos de tiro. Nos esperaba Marias Coulee, una tierra prometida, que solo necesitaba los mimos de un buen agricultor y un poco de lluvia. Antes de un año, George y Rae habían dejado la vida sosegada en su granja de vacas de Eau Claire, dispuestos también a probar suerte en un nuevo punto de la brújula.

—Ninguno de vosotros trabaja esos campos como se debe —dijo una voz conocida, afilada como una daga—. Cuando aráis mi campo los surcos parecen rasguños de gato.

Aún hoy me cuesta admitirlo, pero Eunice Schricker era una colona tan colona como los dos hombres curtidos que había a la mesa. Quizá George había pensado que podía poner dos estados de por medio entre él y su madre mudándose al Oeste. Solo consiguió contagiarle la fiebre de Montana. En menos de lo que

canta un gallo también Eunice desembarcó en Marias Coulee, llenó el formulario de colona y reclamó la parcela vecina a la de George y Rae. Se mandó hacer una casita para que no cupiera duda de su presencia y se dedicó a atormentar a papá y a George porque nada de lo que hacían en su campo se parecía ni remotamente a lo que Eunice aspiraba.

El campo, por así decirlo, era un tema de conversación seguro en aquellas comidas. Yo deseaba que nuestro trío de agricultores siguieran arando la llanura hasta después del postre. Sin embargo, estaba más pendiente que de costumbre de la tía Eunice. En cuanto levantó la barbilla y miró directamente a papá, supe que estábamos perdidos.

—El servicio doméstico siempre roba —anunció, como si todos ansiáramos su opinión—. Me sorprende que a estas alturas de la vida no lo sepas, Oliver. Ya verás cuando esa ama de llaves empiece a mostrar las uñas. Si es que llega a aparecer. Así son todas.

Toby le lanzó una mirada nerviosa a papá.

—Por favor, Eunice, ni siquiera hemos visto a esa pobre mujer... —protestó papá—. Y si quiere llevarse el polvo y el desorden, nos hará un favor. No tenemos nada más.

—Tú bromea —replicó la tía Eunice—, pero no vengas a decirme que no te lo advertí cuando te robe hasta la camisa.

—Eso no lo haré nunca —dijo papá sin alterarse—. Eunice, lo único que quiero es que alguien ponga algo de orden en el caos de nuestra casa. Los chicos me ayudan como pueden, pero no son lavanderas, ni costureras...

—Ni cocineras —aportó Damon.

—Ni cocineras —aceptó papá animosamente—. Si lo que nos hace falta es un ama de llaves, ¿por qué no podemos buscar una? —recorrió la mesa con gesto titubeante—. Por cierto, ¿nadie piensa apiadarse de ese último bocado de Misuri?

Rae le pasó la pata de pollo que quedaba en la fuente.

—Tú necesitas más fuerzas, Oliver.

La tía Eunice no pensaba dejarse derrotar, ni distraer.

—Sí, dicen que los tiempos cambian... —murmuró como si no se lo creyera. Y al momento se lanzó:

*Empero, dicta la experiencia:
Es mejor no dejar el camino
que, inquebrantable y a toda prueba,
nos lleva a nuestro destino.*



La tía Eunice tampoco confiaba en que el público supiera comprenderla. Una vez más, su inspirada recitación suscitó un silencio general.

—En fin —se abanicó con su mano surcada de venitas—, ya falta poco para que me muera.

La frase nos dejó helados a todos, salvo a Toby, que se volvió hacia ella con toda la ternura de sus siete años. Alrededor de la mesa, las respuestas fueron casi predecibles.

—Pero si eres un roble, mamá —respondió George como de costumbre, con la voz ligeramente quebrada.

Luego estaba papá: cada vez que se cortaba afeitándose creía que estaba al borde de la tumba. Además, con el recuerdo de mamá todavía tan fresco, cualquier invocación de la muerte lo dejaba navegando a la deriva. Damon entrecerró los ojos: si la tía Eunice ya iba de camino al más allá, estaba claro que estaba tomando una ruta bastante larga.

Rae, que llevaba años oyendo predecir a la tía Eunice su inminente fallecimiento, enarcó una ceja como si le interesara la posibilidad. Sin embargo, se fijó en mí y puso cara de preocupación.

—Estás pálido, Paul.

Ciertamente, por dentro me había puesto pálido. Contra mi voluntad, el gélido comentario había abierto de par en par el dique de mis recuerdos y mi sueño de la víspera se había abatido otra vez sobre mí.

Desde esa época, he padecido casi medio siglo de sueños imborrables. La gente suele decirme que le encantaría recordar sus sue-

ños, pero dudo que entiendan lo que eso significa. Solo mis más íntimos están al tanto de lo que supone que mis correrías oníricas sigan viviendo intactas en mí, grabadas hasta el último detalle, y el eco de cada sílaba siga retumbando. En nuestras primeras noches juntos, mi mujer se enteró de que mi mente nunca echa el cierre, sino que se dedica a merodear en esas horas por el reino de la imaginación y la memoria, y otras regiones de la oscuridad que no acaban de tener nombre. Damon habría podido advertírselo.

El concepto de amnesia le resulta familiar a todo el mundo: es la ausencia de memoria. Mi aficción, hasta donde he llegado a definirla, podría denominarse simplemente *mnesia*: la prolongación de los recuerdos. Los sueños se me cuelan en la memoria, sin que pueda hacer nada para contenerlos; se convierten en frescos que mi mente pinta en incontables muros. No es una habilidad mental como para conseguir trabajo en el circo. Mis valedores en el gobierno estatal me reconocen cierta agudeza, porque he tenido algunos aciertos en la gestión de la educación, pero aparte de eso mi *mnesia* no parece acarrear ningún poder mental particular. Se me olvida que tengo la estilográfica en la mano justo después de sacarla del tintero, igual que a todo el mundo, pero jamás se me olvida un sueño. Viven conmigo, como los cuentos de *Las mil y una noches*, salvo que son muchos más que mil y uno.

Por esa razón ese domingo, en la mesa, todos se volvieron hacia mí. Los sueños (o al menos los míos) se alimentan de donde pueden, pero tenía claro cuál era el origen de aquel en particular. Cuando llegamos al Oeste en el coche de emigrantes y bajaron nuestras cosas en el andén de Westwater, apareció entre ellas un féretro vacío. Nunca supimos si pertenecía a un colono pesimista o era un encargo. En mi sueño, sin embargo, no estaba vacío, y mamá no aparecía por ninguna parte. Damon y yo, con Toby, que en esa época no existía, estábamos solos en el umbral de otro vagón del tren, que era tan alto que no veíamos

cómo bajarnos. La tía Eunice supervisaba la escena sentada en su mecedora en medio de un pastizal. Por algún motivo, papá estaba con Joe Fletcher, su colega de la junta escolar, tratando de subir el féretro a una carreta sin caballos. «Se han olvidado de los caballos», repetía inquieto Damon mientras nos debatíamos en la puerta del coche, deseosos de ir a echar una mano. La tía Eunice era la única que podía ayudarnos a bajar, pero no pensaba hacerlo. «No dejéis que los niños lo toquen —ordenó a los hombres, que bregaban con las asas de metal del cajón—. Lo dejarán caer.»

—Al menos sabemos que no es por falta de comida, ¿eh, Paul? —dedujo papá, mirando mi plato vacío.

Esas palabras rompieron el sortilegio del sueño. Luego, papá estiró la mano y me tocó la frente. Yo no tenía ni idea de qué podía detectar, si una fiebre o un enfriamiento, pero de todos modos el diagnóstico nunca llegó. En su lugar, Toby lanzó un gemido terrorífico.

—¡Tía Eunice, no quiero que te mueras!

La conmoción tardó algún tiempo en apaciguarse. Toby estuvo gimoteando primero contra el pecho de papá y luego en la blusa de Rae. Sospeché que, en secreto, la tía Eunice estaba encantada, pero cuando por fin se pronunció solo parecía impaciente:

—Por Dios, ¡dadme de una vez al niño!

Toby fue con ella, todavía hecho un mar de lágrimas, y la tía lo levantó con otro «uuufff» y lo sentó en equilibrio sobre sus venerables rodillas.

—No llores más —le ordenó, secándole la cara con su pañuelito de encaje—. Pórtate bien toda la semana y el próximo domingo ven a contarme cómo te fue.

Toby parpadeó y trató de componer una sonrisa de ojos brillantes. La tía añadió entonces con el mismo desconsuelo:

—Si es que sigo viva.

